

"LAS TABERNAS DE MURCIA"

(DIA DE VINO CON)
(MUÑOZ BARBERAN)



Y dijo Hemingway
en «Fiesta»:
—Las tabernas
deben desaparecer.
—En eso tienes
razón, viejo
condiscípulo. La
taberna debe
desaparecer,
y yo con ella.
Es lo que
contestó un tal
Bill, turista.

ESTA tarde irá gente a la fiesta de un libro nuevo. El libro trata de tabernas y de taberneros, de bebedores y de vinos. Se titula «Las tabernas de Murcia». Lo han hecho entre dos: García Martínez, que es periodista, ha escrito, y Muñoz Barberán, el pintor, ha puesto los dibujos. Ambos, de taberna en taberna, han ido conociendo a la gente, y al «Jesuso», a doña Carmen y al «Pichilato», que es un tipo que arma sermones filosóficos ante los estudiantes murcianos.

—Los murcianos—digo por decir lo que uno sabe—sois gente de mal vivir.

Y Muñoz Barberán, que está conmigo, bebe tinto y come jamón, se defiende lo mejor que puede. Este Muñoz Barberán es el que escribía las cartas de una vieja a su sobrino en la revista católica de Pérez Lozano.

—Los murcianos, por aquello del «murcio», que viene del latín, pero que no tiene nada que ver con Murcia, y por el verbo «murciar», de «mus-muris», que es ratón o ratero, ladrones y cosas por el estilo, hemos tenido mala prensa, pero que quede bien claro...

—¿Qué es un murciano?
—Es buena gente, y conste que lo digo, porque yo admiro a los catalanes. Ahora expongo mis cuadros en Grifé y Escoda, y te puedo asegurar que son gente seria. Un catalán es un tipo que se levanta a las siete de la mañana, se va a su fábrica, toca el pito y... se ponen a trabajar todos los murcianos

de Cataluña. ¿Comprende?

No sé qué pretenden con este libro de «Las tabernas de Murcia».

—Mira, se presenta el libro y, en primer lugar, va a ser un follón. Allí acudirá la gente, beberá sus vinos, se meterá el libro debajo del brazo y adiós muy buenas. Irá algún director general, gente de la Cámara de Comercio, murcianos, y qué sé yo.

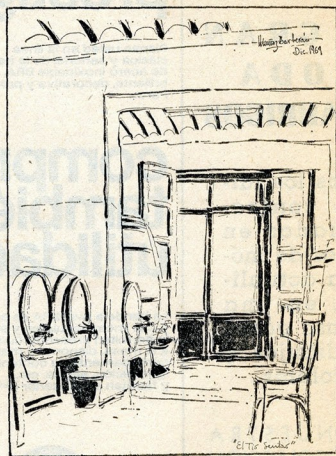
—¿No lo queréis vender por ahí?

(Me consta que es un libro bueno: ameno, culto, hermoso, divertido.)

—¿Ni hablar!

—¿Cómo lo hicisteis?

—De taberna en taberna, seleccionando. Si veía-



mos que un tabernero se había vendido a los americanos y a la moda, fuera. Ese no era. La taberna murciana es un lugar viejo, sucio, auténtico. Los «chaticos» valen una peseta. Así no hay tabernero que pueda hacerse rico, a no ser los que ponen un restaurante moderno. Tabernero, por ejemplo, es el tío, sentao, que no se levanta ni para su padre, y al que le piden un vaso de vino y te dice que vayas tú a por él, y se lo trae en un cubilete de hojalata, y él, sin levantarse de su silla, te lo pone en el vaso. Tabernero es el que tiene una taberna «desvecijada», un lugar pequeño, y sabe que allí se tomará su vino desde la hija del almirante hasta el último huertano.

—Hablaís con diminutivos, como los de Albacete. —Si tú vas a Murcia y dices «póngame un chatito», no pasa nada. Pero si eres murciano y dices «chatos» o «chatitos», te quedas con «chatitos» para toda tu vida.

—¿Te vienes a Madrid?

—No! Para mí la vida es Murcia. Allí soy un burgués. Oye, déjame defender al burgués. Sin el burgués no habría cultura ni arte. El burgués da el nivel de la Humanidad. La Humanidad, sin burgueses, no sería nada. ¿Qué hacen los rusos? ¡Hacer burgueses! No se puede creer que los rusos estén «trabajando para hacer tipos de esos que cantan su esclavitud por la Siberia. Mira, lo que es fácil de destruir son los potentados y los miserables, pero al burgués no lo destruye nadie. ¿Qué sería del teatro sin burgueses? Son los que pagan...

—¿Y tú?

—Yo vendo mi pintura a los burgueses, pero si llego a ser un gran pintor, como Picasso, venderé mis cuadros al señor del castillo, como él.

—¿Y Dalí?

—Dali es un gran hombre de nuestro tiempo. Ese es una gran mezcla de cosas grandes; no es un gran pintor, pero es un hombre de grandes ideas, de grandes cosas: un payaso grande, un pintor grande. Pero no es un pintor solamente. Picasso es más puro. Miró es más puro que Picasso. Dali es de todo, todo grande, pero de todo. Mitad Jaime de Mora, mitad Leonardo da Vinci, al que, por cierto, trata de imitar en algunas cosas.

—¿Y los taberneros?

—Mira, hay tipos singulares. Ahí tienes a uno que le llaman el «Garrampón», porque asustaba a los niños y el pobre hombre no hacía nada; a «El Verbero», que, como doña Carmen, lo que hacía era dar

hierba a los conejos de las monjas, alfalfa. Esta «doña Carmen» es una mujer que se cree ser muy señora y te dice que, para ella, sólo hay dos cosas importantes en este mundo: el dinero y Dios. Y te la mezcla llamamente: «el dinero y Dios». ¿Te das cuenta?

—¿Eres murciano de verdad?

—El murciano es como las procesiones de Murcia: una mezcla de aristócratas y huertanos.

—¿Cómo habla un murciano?

—Habla el «panochio». Por ejemplo, a García Martínez y a mí nos encuentra un amigo huertano en una taberna y nos dice: «Perdonadme, pero no os había visto, porque venía «encandilao» del sol. «Morciguillo», de murcizajo. Que no vea, ¿comprende?

—Sí.

Hoy, día 27, a las siete, en Grifé y Escoda se presenta un libro: «Las tabernas de Murcia». Allí están los cuadros de Muñoz Barberán. Me parece muy razonable acudir a catar el vino de Murcia, los muchos vinos de García Martínez, y ver, otra vez, que lo singular es universal, que lo auténtico es internacional, etcétera.

Ir a la taberna una vez más, aunque sólo sea para recordar que fue verdad aquella cultura que decía: «Juro que moriré en la taberna».

Algo así como la historia de Noé o la parábola de la vid. Algo fundamental para el corazón. Le digo a Barberán:

—Pintas bien. Pareces un pintor del siglo XIX.

—Muchas gracias, hombre. Eso es un elogio. Yo me divierto y, encima, cobro. Cobro por pintar y mantengo a mi mujer y a mis nueve hijos. Seis de ellos están ya estudiando. Tres son todavía «chiquiticos».

—¿Y la bohemia. Ma nuel?

—¡Nada! ¡Yo soy un burgués! Y voy al teatro para que me critiquen. ¡Para eso pago! El futuro de la Humanidad es el burgués. ¿No piensas tú así?

Muñoz Barberán ha pagado el jamón y el vino. Salgo de la taberna madrileña bastante contento, como él. ¿Qué remedio! —¿Y la juventud, Manuel?

—Déjales. Van oien.

—¿Van o vamos?

—¿Cuántos años tienes tú?

—Voy a cumplir cincuenta, pero no lo digas. Tú eres un tipo joven.

—Contéstame.

—No puedo ser tu hijo.

El Jumilla no me dejaba ser contestatario. ¡Bamos alados por la euforia!

LEON URIS, AUTOR. EL CARIBE: OBJETIVO. U. S. A. - U. R. S. S. - FRANCIA A ESCALA DE ESPIONAJE. HITCHCOCK PLANTEA UN «PUZZLE» DE TENSION Y EMOCION INDESCRIPIBLES



Juan PLA (Fotos LEO.)